

Elias Canetti

Fiesta bajo las bombas

Los años ingleses



Galaxia Gutenberg

ELIAS CANETTI

Fiesta bajo las bombas

Los años ingleses

Edición de Kristian Wachinger
Traducción de Genoveva Dieterich
Epílogo de Jeremy Adler

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría.

Título de la edición original: *Party im Blitz. Die Englischen Jahre*
Traducción del alemán: Genoveva Dieterich

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2005
Segunda edición (primera en este formato): septiembre de 2024

© Herederos de Elias Canetti, 2003
Publicado con la autorización de Carl Hanser Verlag, Múnich
© de la traducción: Genoveva Dieterich, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 10027-2024
ISBN: 978-84-10107-63-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Nota de los editores alemanes	9
Nota a la edición en castellano	II

FIESTA BAJO LAS BOMBAS Los años ingleses

De Inglaterra	17
Nadie en Inglaterra o El silencio del desprecio	28
Amersham.	38
«Durrís», Stubbs Wood, Chesham Bois	45
El barrendero	59
Herbert Read	62
Vicio y virtud de las «parties» inglesas.	65
Hampstead: reunión de los poetas	67
Kathleen Raine	71
Aymer y su madre	75
Visita en Mochrum	77
Lord David Stewart.	81
Mrs. Phillimore Bertrand Russell.	85
Arthur Waley.	98
Diana Spearman	105
Enoch Powell	109
Veronica Wedgwood	113
Desolación en las «parties»	115

Franz Steiner	117
Downshire Hill	125
J. D. Bernal	129
Geoffrey Pyke	132
Freddie Uhlman	136
«Ce poids! Ce poids!»	140
Henry Moore y Roland Penrose. Fiesta bajo las bombas	142
El cementerio	144
«Party» en casa de Penrose	147
«The Freemasons Arms»	150
La generosidad de Friedl	152
Oskar Kokoschka	154
Iris Murdoch	160
Vaughan Williams	173
Aymer	177
Inglaterra, una isla	181
Velocidad	184
Las variantes de la soberbia	186
Epílogo, <i>por Jeremy Adler</i>	191
Notas	211
Índice de nombres	217
Procedencias de las fotografías	223

Nota de los editores alemanes

En el legado de Elias Canetti se encuentran los siguientes materiales relativos a un proyecto de libro de recuerdos de sus años ingleses:

a) Un manuscrito estenografiado, fechado en octubre de 1990 y en enero y noviembre de 1991.

b) Un manuscrito casi por completo estenografiado de julio y agosto de 1992. Constituye el texto más extenso, e incluye buena parte de los materiales de *a*.

c) Un conjunto, en buena medida estenografiado, de notas y diarios que van de febrero a abril, y de agosto a noviembre de 1993, que contiene pasajes referidos a Inglaterra. Exceptuando los pasajes que Canetti ha marcado como «diarios» –y que por lo tanto no pueden ser publicados hasta treinta años después de la fecha de la muerte del autor–, este conjunto contiene dos tipos de fragmentos sobre el tema de Inglaterra: la continuación de las descripciones de personas (en forma de apuntes, en su mayor parte) y un texto continuado en el que el autor expone y resume el proyectado libro sobre Inglaterra.

d) Una copia a máquina de aproximadamente la mitad de los textos de *b*, que Canetti dictó a su hija en 1994 basándose en los manuscritos estenografiados.

Después de la muerte de Canetti, su hija, Johanna Canetti, encargó a Florindo Tarregghetta la transcripción de los materiales *a*, *b* y *c*, sobre la que se ha hecho esta edición.

Esta edición empieza con el texto más reciente: la segunda mitad de *c* (pp. 17-37). Sigue —después de un fragmento de *a* (pp. 38-44)— la reproducción íntegra de *b* (pp. 45-159). Es esta la parte más acabada; como a pesar de ello Canetti la describe como «versión provisional, sin ordenar», los fragmentos se han ordenado conforme al criterio más lógico; para la corrección de errores se han utilizado *a* y *d*. Finalmente, en *a* se han insertado pasajes complementarios (pp. 65, §1; 71, §§1-2; 74, §2; 117, §1). Todo el texto sobre Franz Steiner (pp. 117-124, a excepción del primer bloque de la p. 117) apareció póstumamente en el número 3 de la revista *Akzente* (1995) y fue recogido en Elias Canetti, *Aufzeichnungen* 1992-1993, Múnich, 1996 (*Apuntes* 1992-1993, traducción al castellano de Juan José del Solar, Madrid, 1997); el texto en cuestión se remonta a un manuscrito que Canetti preparó para un primer cuaderno monográfico sobre Steiner (1992) y que no llegó a imprimirse. El final del presente volumen lo forma la primera parte de *c* (pp. 160-189).

En caso de variantes, se da preferencia a la última de las versiones consignadas. Los pasajes o palabras no descifrados se sustituyen por el signo [...]. Los nombres abreviados se escriben completos en la medida de lo posible y se corrigen los nombres defectuosos, ya que la estenografía no permite reconocer los detalles ortográficos.

Una edición póstuma sigue pautas distintas a las de una primera edición en vida del autor. Aunque Canetti nunca añadió aclaraciones de ningún tipo a sus libros autobiográficos, parece indicado añadir un índice de personas y algunas notas.

La edición de este volumen no hubiera sido posible sin el apoyo generoso de Johanna Canetti. Expresamos también nuestro agradecimiento, por su colaboración en la edición del texto y en la búsqueda de datos, a Julia Breimeier (Múnich), Roberto Calasso (Milán), Sven Hanuschek (Múnich), Susanne Hornfeck (Múnich), Jill Lloyd (Londres), Peter von Matt (Zúrich) y Hans Reiss (Bristol).

FIESTA BAJO LAS BOMBAS

Los años ingleses

De Inglaterra

Estoy confuso con respecto a Inglaterra, fue toda una vida, insertada entre un antes y un después, y en el fondo suficiente para todo.

Después del caos, tengo que reflexionar sobre lo que puede extraerse de este orden aparente. ¡Ah, menudo orden! A punto estábamos de creer que era un orden para siempre. Apenas se había ganado la guerra, la celebración de la victoria, el fuego en el Heath,^o y ya comenzaba la desintegración. Durante un tiempo la vida siguió siendo como en la guerra. Muchas cosas seguían sometidas a racionamiento. La gente lo soportaba disciplinadamente. Protestar no es peligroso en este país, o eso parecía. Alguna vez debió de serlo, cuando surgieron las disputas bíblicas, en aquel lejano siglo XVII. Me sigue siendo difícil imaginar aquel tiempo. Me parece una historia demasiado agitada, con relatos asombrosos. Un lenguaje que proviene de la traducción de la Biblia o del gran drama. ¿Qué *consistencia* tenía entonces Inglaterra? Escocia todavía era Escocia, e Irlanda estaba recién conquistada, al menos en apariencia. Pero los ingleses surcaban ya todos los mares, expoliaban a los españoles, hacían la guerra a los holandeses, cortaban la cabeza a su rey un año después del final de la Guerra de los Treinta Años. ¿Cómo se relacionaban todos estos hechos? ¿Se trasladó esa guerra a la isla apenas hubo finalizado, por fin, en el continente?

Pienso en los grandes escritores posteriores a Shakespeare, que ya entran en este siglo XVII: Ben Jonson, John Donne, Milton, Dryden y el joven Swift. ¡Qué prosa, en la primera mitad de aquel siglo! Burton, Sir Thomas Browne, John Aubrey, nunca me cansaré

de leerlos. Bunyan, George Fox. Hobbes, él solo ya inagotable. Alemania, en comparación, ¡qué poca cosa! España, más importante. Francia, lo suficiente. Pero, entre todas, la literatura más grande de este siglo es la inglesa.

También es superior a todas las demás en el siglo siguiente. Y aún en el XIX. ¿Qué le ha sucedido en *este* siglo? Yo viví en Inglaterra cuando su espíritu se desintegró. Fui testigo de la fama de Eliot. ¿Alguna vez nos avergonzaremos lo suficiente de ella? Un americano trae consigo de París a un francés (Laforgue) que desaparece siendo todavía joven, le inocular su poco gusto por la vida; inconcebiblemente, vive como empleado de banco mientras evalúa todo lo anterior, empequeñece lo que siempre posee más aliento que él; se deja obsequiar por un compatriota despilfarrador, que tiene la grandeza y la tensión de un loco,^o y presenta el resultado: su impotencia, que transmite a todo el país; se rinde a cualquier orden que sea lo suficientemente antiguo, intenta suprimir todo impulso, un libertino de la nada, continuador de Hegel, profanador de Dante (¿en qué región del infierno le hubiera encerrado?), de labios finos, de corazón frío, prematuramente viejo, tan indigno de Blake como de Goethe y como de toda lava, enfriado antes de haberse calentado, ni gato ni pájaro ni sapo, más bien topo, obediente a Dios, enviado a Inglaterra (como si yo hubiera vuelto a España), con puntas críticas en lugar de dientes, torturado por una mujer ninfómana –su única disculpa–, tan torturado que hubiera comprendido mi libro *Auto de fe* si se hubiera atrevido a acercarse a él, un Tom caballeroso en Bloomsbury, aceptado e invitado por la noble Virginia, habiendo escapado a todos los que, con razón, le habían reprendido, y por fin distinguido con un premio que no recibieron ni Virginia, ni Pound, ni Dylan, ni nadie entre los que lo hubieran merecido, a excepción de Yeats.

Yo fui testigo de la fama de esta figura lamentable. Oí hablar de él por primera vez –no conocía su nombre– cuando vivía en Hyde Park Gardens, en los primeros tiempos.^o Jasper Ridley, un joven que había estado en Oxford y que pocos meses antes de estallar la guerra contrajo matrimonio con Cressida Bonham-Carter, lo

calificó, amablemente didáctico, como el poeta nuevo, el verdadero, y a modo de introducción me regaló sus *Elizabethan Essays*. Pocos años después Ridley, aún muy joven, cayó en la guerra, y su viuda, Cressida, quedó sola con un hijo pequeño. A este hombre amable, efusivo, abierto, alegre y débil, del que guardo la mejor memoria, debo el nombre de la figura más seca del siglo, de la que más adelante, al terminar la guerra, cuando retornó a la religión de sus antepasados para luego cambiarla por la de los reyes, fui oyendo más y más, tanto que casi no quedó otra cosa.

Por esta figura debía haber comprendido lo que estaba pasando con Inglaterra. Pero intervino la guerra, en la que Inglaterra dio al mundo, como último regalo, lo *mejor* que poseía, la primera resistencia contra la locura que amenazaba con devorarlo todo. Hay que agradecer a este país muchas cosas, no se lo puede excluir de la verdadera historia de la humanidad, como no se puede excluir a Florencia y Venecia, a Atenas y París. Pero que en este mismo tiempo de la guerra yo recibiera la bendición de su [...] me hizo insensible al olor de inanición que emanaba de Eliot.

No puedo ser ecuánime, y menos aún con Inglaterra. Por todas partes hubo propietarios de esclavos, pero ¿en dónde, excepto en las plantaciones de Inglaterra, se abrió paso la libertad de modo más inexorable? ¿Dónde se produjo esa *resistencia*, que ya comenzó con los cuáqueros? ¿Dónde se llegó a más que *conceptos*, no a Hegel, pero tampoco a los implacables desbordamientos sentimentales de Wagner y Nietzsche?

Lo peor de Inglaterra son las *momificaciones*: la vida como una especie de momia dirigida a distancia. No es, como se dice, lo victoriano (la máscara de la hipocresía se puede arrancar, y detrás hay algo), es la tendencia a momificarlo todo, que empieza con la medida y la justicia y termina en la impotencia de los sentimientos.

Para ser veraz habría que recapitular todas las humillaciones *innecesarias* que sufrió uno en Inglaterra, y llenarlas de vida hasta el punto de hacerlas existir como dolor; y luego recapitular también todas las delicadezas con que algunos trataban de ahorrarle a uno



Heath Street, Hampstead

esas humillaciones: colocar las unas frente a las otras, sopesarlas y someterlas a la síntesis que hallaron en uno mismo.

Lo uno y lo otro, y ambos elementos entrelazados, darían como resultado la verdad.

Detalles que habría que revivir:

Mayo de 1945: final de la guerra. La manera de celebrar la victoria. Las hogueras en Hampstead Heath. La gente bailando en Downshire Hill. Asombro, repugnancia, agrado.

Hetta y William Empson. Sus *parties*, que no eran como las demás *parties*, siquiera porque Empson no callaba, hablaba sin parar, decía cosas extremadamente inteligentes, y no escuchaba al que no hablara su mismo lenguaje cultísimo. En todos los decenios que traté a Hetta y William –yo vivía en su más cercana proximidad–, este hombre enormemente refinado, uno de los mejores y más originales concededores de la literatura inglesa, que había enseñado en Japón y China, y que había vivido mucho tiempo en Oriente, no me dirigió una sola frase que exigiese una respuesta. Hasta hoy no sé si

tenía alguna idea acerca de mí. Cuando, poco después de la guerra, una escuela de poetas empezó a tenerlo por referente (como reacción al exceso de Dylan Thomas), algunos de ellos, con los que me encontré en sus *parties*, conocían bien *Auto de fe*, lo tomaban en serio y lo discutían. Él mismo nunca me dijo ni una palabra sobre este libro, si bien debió de haberlo leído, pues era amigo de Arthur Waley, que no disimulaba su admiración por él. No sé si tenía siquiera una vaga idea del libro. Devoraba libros día y noche, era un hombre profundamente intelectual y literario, profesor de literatura en Sheffield, tan famoso por sus libros sobre temas literarios como por sus poemas. Le oí hablar muchas veces, tenía ingenio y agudeza, era muy rápido, no se dejaba distraer; como un torrente de conocimiento interpretativo, de opiniones originalísimas y sabiduría exacta; era quizá el conversador más fluido, inspirado y claro de entre todos los poetas que conocí en Inglaterra.

Desde hace tiempo, desde que Thatcher ya no está al timón, mi recuerdo de Inglaterra se ha vuelto tanto más pacífico y amable. De repente me acuerdo de cosas que viví allí con gusto, de aspectos que me agradaban en las personas, que solían ser consideradas y tenían carácter. Los rechazos verdaderamente violentos no se suavizan, sin embargo, se potencian con cada recuerdo: no soy capaz de escribir con el lápiz el nombre Eliot sin verme impelido a denostarle de nuevo. Quizá era este, entre todos los *elementos* de su vida, el que más me irritaba de su persona: su temprana disposición a vivir como empleado de un banco para, más tarde, dirigir con toda naturalidad una editorial muy prestigiosa, que le concedía poder sobre los poetas. Por fin, ya en su madurez, la decisión de escribir dramas con cuya representación podía ganar dinero, nunca ocultó que era ese su objetivo.

El caso es que nunca tuve nada que ver con él personalmente. Le conocí sólo de manera fugaz. Durante años, sin embargo, me encontraba a menudo con él en casa de John Hayward, el perro guardián de Kathleen Raine, quien vivía con Eliot en Chelsea y por cuya habitación tenía este que pasar para llegar a la suya

propia. John Hayward estaba paralítico y condenado a la silla de ruedas, no podía moverse por sí mismo, alguien tenía que empujar siempre su carrito. Su rostro estaba deformado por un enorme labio inferior cuya carne roja era imposible ocultar, lo que daba a su cara una expresión un poco animal, en contraste con las frases bien torneadas de las que en todo momento se servía sin dificultad. Era un buen conocedor de la literatura inglesa, especialmente de la poesía; algunas de sus antologías gozaban de buena reputación. Su enfermedad, la parálisis, empezó ya en Cambridge, donde había vivido siendo aún joven. Para él fue una suerte que Eliot, cuando vino a Chelsea, compartiera casa con él; gracias a eso se convirtió en una persona requerida. Eliot no iba a las *parties*, era sabido que evitaba ese tipo de actos, pero a John Hayward le encantaba que lo invitasen. Alguna mujer joven, generalmente de Chelsea, solía ofrecerse a recogerlo; su apartamento, si mal no recuerdo, estaba en el segundo piso, había que meterlo con su silla en el ascensor, bajarlo, sacarlo del ascensor, empujarlo a la calle y llevarlo hasta la *party*. Las chicas lo hacían gustosamente, estaba un poco de moda entre las jóvenes bonitas ser vistas en este papel samaritano. Como a él le volvía loco acudir a *parties* y hablar con mujeres hermosas, tenía donde escoger y a veces incluso podía manifestar *deseos* especiales. En sus conversaciones solía sacar a relucir a Eliot en algún momento determinado, y daba a entender que podía conseguir invitaciones para tomar el té con él. Con esta perspectiva, por muy remoto que pareciera su cumplimiento, se ganaba a todos. Se lo respetaba más de lo que correspondía a sus méritos como crítico; en las *parties* la gente lo buscaba, a veces había que hacer cola para saludarlo, y él, sabiendo que ese entusiasmo se debía a la posibilidad de conocer a Eliot, no sentía apuro en atizarlo una y otra vez.

Hay que hacer una distinción entre los primeros años hasta la guerra, el tiempo a continuación, en Amersham,^o y luego el tiempo posterior, más prolongado, en Hampstead. Es necesario, ciertamente, distinguir estos periodos.

En el primero eras un emigrante perdido, contento de estar a salvo, en situación precaria debido a una guerra a la que en nada habías contribuido, aunque eras consciente de que estaba dirigida también contra ti y todos los tuyos. Los ataques sobre Londres durante la guerra fueron los puntos culminantes de aquella época. Una cierta valentía, despreocupada del peligro personal, me devolvió entonces el sentimiento de mí mismo. No tenías que rebajarte a matar personalmente. Pero durante las noches en las que tanto ardía en Londres no eras un cobarde.

Este periodo empezó en enero de 1939 y duró, en plena guerra, hasta el otoño de 1941, cuando nos trasladamos a Amersham, es decir, casi tres años. Tu relativo aislamiento de otros emigrantes, tus primeros amigos ingleses, tu amistad intensa con Franz Steiner y Kae Hursthouse. A través de Steiner, que era antropólogo, y de Kae Hursthouse, que era neozelandesa, entró algo de la *amplitud* del Imperio británico en mi vida; muy importante en este sentido fue el papel que desempeñó el Student Movement House,^o en Gower Street. Antes, en 1939: Hyde Park Gardens, en casa de los Huntington. Hyde Park Corner. Primera reunión literaria a la que asistí en Inglaterra, una *party* que no fue como las *parties* inglesas de después. L. H. Myers, que te preguntaba si habías conocido a Kafka. Philip Toynbee, que te preguntaba lo mismo. Conversaciones sobre los nazis, era el tiempo entre Múnich y Praga. La guerra estaba en el aire. Mrs. Huntington, una mujer bella y esbelta, casada con el editor americano de Putnam: tenía ascensor en la casa; yo estaba instalado en el último piso, en la habitación de su hija Alfreda, mi verdadero interlocutor allí era la institutriz, una suiza que ya me había inspeccionado en París, el grupo de muchachas en París, a cuál más guapa. Sin pensarlo me encontré de nuevo en la villa Yalta,^o sólo que entre inglesas. Una casa Pinkie Esher.^o –Alfreda me trataba con especial cariño, no sé en qué habitación vivía ella después de su regreso de París. Me siguió corriendo hasta la calle cuando me dirigía –según ella– al British Museum. Una encantadora muchacha idealista que quería hacer el bien; en su habitación colgaba un cuadro de Van Gogh. –Pero yo no iba a leer al Reading Room

del British Museum sino a la Warburg Library. Ernst Gombrich, que trabajaba allí, me introdujo. A través de su madre conocí a los Huntington. De la Warburg Library también podía llevarme los libros que necesitaba.

Mr. Huntington fue desagradable nada más aparecer yo en su casa. Me preguntó si en Viena había vivido en un piso o en una casa. Se asombró al oír que mi mujer^o también estaba en Inglaterra, le dije que vivía en casa de su hermano en Surrey. Me preguntó a qué se dedicaba su hermano, yo dije: «He is a small business man» ('Es un pequeño comerciante'). Difícilmente se podía decir eso de Bucky, pero yo percibí el esnobismo de Mr. Huntington y me dio vergüenza decir la verdad. Bucky, que estaba casado con una inglesa de Manchester, era un hombre cándido, buenísimo, menospreciado, una figura chaplinesca, realmente, que ya lo había intentado todo para mantenerse a sí mismo, a su mujer y a su hijo pequeño. En Manchester había regentado una peluquería. Desde hacía años tenía una pequeña tienda de golosinas en Lightwater, cerca de Bagshot, Surrey. Fui demasiado cobarde para decirlo. A Mr. Huntington tampoco le hubiera gustado oírlo. ¿Dije «He is a small business man», o dije «A very small business man» ('Un pequeñísimo comerciante')? Ya no recuerdo si mencioné su apellido, Calderon.

La institutriz, Miss Hübler, se mostraba siempre severa, como acostumbraba a serlo con sus niñas, a las que quería convertir en jóvenes damiselas. El gran momento en la vida de estas hermosas criaturas era su presentación en la Corte. Alfreda se enfrentaba a ello aquel año, y cuando yo hablaba con Miss Hübler en el cuarto de los niños, vecino a mi habitación, tratábamos exhaustivamente el tema. Fue mi primera introducción a las grandes costumbres inglesas. Otro, más excitante, se produjo a pocos minutos de distancia, en Hyde Park Corner, adonde yo iba todas las tardes.

Inglaterra me resulta lejana. Hace ahora cinco años^o que no he estado allí. Para mí empieza a ser otra vez una isla, una isla en el estilo de las rememoraciones; ya empieza la idealización, ya sueño con ir

allí de visita, como si fuera el escenario de la primera juventud. Tenía ochenta y tres años cuando estuve por última vez. Muchas cosas no las comprendemos en la forma en que se presentan. ¿Con qué se han entretreído?

¿Qué es lo que les era tan natural que han anidado allí donde menos se esperaba? Los sentimientos partidistas, alimentados por los periódicos, son los más nocivos. Siempre fueron lugares comunes y lo siguen siendo. Pero hay algo más que nunca fue tocado por el partidismo y permaneció, por así decirlo, inarticulado. Cuando surge algo de *esto* hay que atraparlo al momento: florece deprisa y se seca aún más deprisa.

He empezado hablando de William Empson, que siempre me consideró un *extraño* porque había sido una amiga de su mujer la que me llevó a su casa. Los Empson tenían una casa grande y amplia en Haverstock Hill, la mayor parte estaba alquilada. Hetta, que provenía de una familia de bóers de Sudáfrica, era una comunista convencida. Era una mujer muy bella y solía invitar a su casa a dos clases de individuos. Unos eran intelectuales de todo tipo, hacia los que se sentía obligada por su ideología. A ellos les dejaba todas las habitaciones de su casa excepto las suyas propias. A sus amantes, de los que no hubo pocos a lo largo de los años, los metía a veces en esas habitaciones. Empson no parecía tener nada en contra de ello. Poseía un penetrante espíritu literario, siempre activo, que abarcaba muchos aspectos, disciplinado por los *Metaphysical Poets* de principios del siglo XVII y también por una escuela de sociología del lenguaje de Cambridge (I. A. Richards). Su mente siempre estaba ocupada con procesos de ese tipo, lo demás lo dejaba a cargo de Hetta. Se tenía la impresión de que cada uno vivía su vida sin interponerse en el camino del otro, con respeto, sobre todo en el caso de él, aunque el camino fuera directamente opuesto al de ella. Empson mismo daba la impresión de que lo sexual no le importaba en absoluto, uno se extrañaba un poco de que esta relación hubiera producido dos niños, que crecieron en medio del tumulto de las relaciones amorosas de su madre sin resentirse de ello.

En las recepciones que daban, muy generosas, aparecían amigos de ambos, o amigos de los amigos que tenían permiso para llevarlos. Gracias a ello el ambiente era de verdad variopinto y sin vanidades. Un poeta muy famoso podía estar allí dos horas manteniendo con Empson una animada conversación sin que se notara, incluso sin que se supiera. Nadie hacía aspavientos por su presencia. Ni, al estilo europeo, se lo llevaba de un lado a otro para presentarle a todo el mundo; tampoco se creaba en torno a él un aura de exquisitez, de pretensión. Se lo consideraba como a cualquiera, y si le interesaba a Empson, este tenía mucho que decirle. Si no interesaba a Empson, abandonaba la reunión tan desapercibido como había llegado y, por lo general, la gente ni se enteraba de que había estado allí.

En mi recuerdo son estas las únicas reuniones importantes de Hampstead que se celebraban por el simple gusto de hacerlo, y no servían para confirmar rangos ya establecidos o un posible ascenso. Nunca resultaban aburridas, siempre se acababa conversando con alguien que había tenido experiencias interesantes o poseía verdadera originalidad. Claro que uno no debía preocuparse por sentir quizá que no era nadie; durante decenios, ese fue mi caso en Inglaterra, y sólo en los últimos años ha cambiado superficialmente. Gozaba yo del afecto de Hetta, que era amiga íntima de Friedl, ° gustaba de las personas y era muy tolerante.

Sus convicciones políticas, que remontaban a las experiencias de su juventud entre bóers rigurosamente religiosos y sus súbditos negros, eran inconvencionales, pero nunca la limitaron como persona. A excepción de su afecto, en esa casa no recibí el de nadie más durante mucho tiempo. Venían muchos emigrantes, famosos, desconocidos, aduladores, orgullosos; yo era uno de ellos, los matices particulares no interesaban al dueño de la casa, cuya pasión era la poesía y la literatura inglesas. Nuestra condición de foráneos no le preocupaba, él estaba absorto en lo verdaderamente exótico: Japón, China. Quizá había aprendido un poco de chino, no estoy muy seguro de ello. Llevaba el pelo, un tanto escaso, a la manera de un sabio chino. Pero creo que también durante su etapa china, sin

duda políticamente muy agitada, fue por completo el mismo que yo conocí en Inglaterra, marcado por los ritmos, el vocabulario y la violencia espiritual de la lírica inglesa más temprana.

Así que me veía condenado a la total impotencia frente a este hombre. Jamás se le hubiera ocurrido a él hablar conmigo sobre las masas chinas. Nada me hubiera interesado más, pero ¿qué podía decir él sobre este tema? Le habría parecido un parloteo inane, algo que no soportaba por nada en el mundo.

Iba yo, pues, a gusto a casa de los Empson, pero humillado. Te invitaban, pero para Empson no eras nadie. Había muchos que no eran nadie, pero también había muchos otros, así que ni lo uno ni lo otro suponía una distinción.